

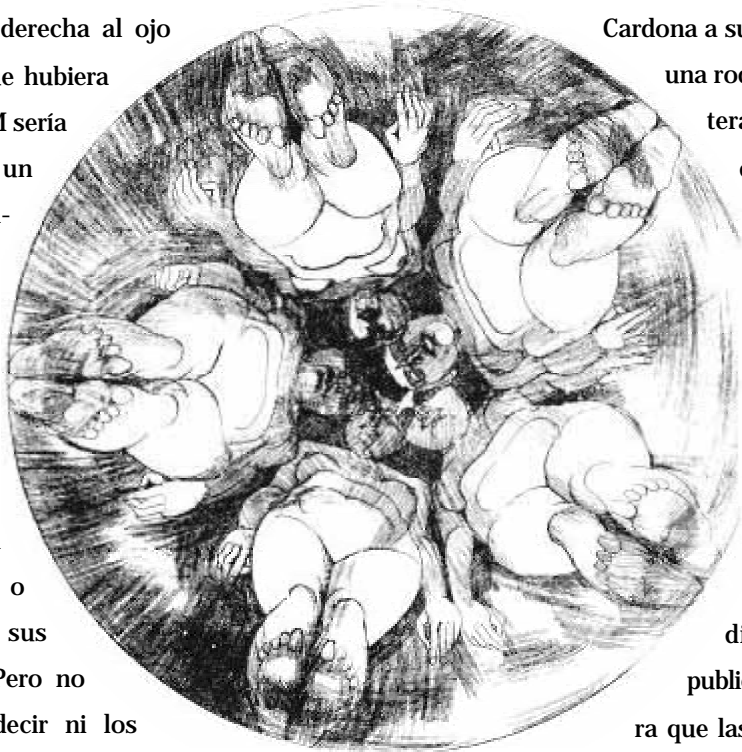


Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

A puñetazo limpio

Nadie hizo cuentas para sumar a los muchos aniversarios cumplidos en el 2007 por Gabriel García Márquez (GGM) los treinta años de cuando Mario Vargas Llosa (MVLL) le asestó un gancho de derecha al ojo izquierdo. Quizá porque hubiera sido de mal gusto. GGM sería Nóbel de Literatura un sexenio después. "Ambos están reconciliados desde hace muchísimo tiempo", dijo la agente literaria Carmen Balcells. "Lo que ocurre es que no se debe convertir en un asunto de prensa rosa o amarilla." Atendieron sus indicaciones, parece. Pero no la prensa culta. Es decir ni los suplementos culturales ni las páginas editoriales. María Luisa Mendoza lo recordó en uno de sus artículos editoriales de Excélsior y Rafael Cardona en el suplemento cultural Confabulario. Asimismo el fotoperiodista y escritor Rodrigo Moya en La Jornada.



Guillermo Cenicerros

María Luisa Mendoza aportó detalles en una charla con Miguel Reyes Razo en su programa "Los Soles de México", de ABC Radio. A ella no quisieron venderle una hamburguesa cruda para mimar el ojo tumefacto. Entonces con su esposo, Edmundo Domínguez Aragonés, llevaron a GGM y a su esposa a casa. Ahí le pusieron el bistec pero el perro se le subió al pecho al creador de Macondo y se llevó el bife entre las fauces...

Cardona a su vez afirma que consiguió una rodaja de carne cruda y etcétera. Dos días después Rodrigo Moya le tomó fotos a GGM porque la víctima pensaba documentar la posible demanda legal. Pero no la hubo. En "El puño de la noche triste", el título de su remembranza, Cardona cuenta que Vargas Llosa le pidió al director de Excélsior no publicar nada. "Cuando no quiera que las cosas se publiquen, don

Mario, le contestó Julio Scherer, "no las haga en público." A Vargas Llosa le pasó lo que a Zavalita y al Perú en su novela Conversaciones en La Catedral. "Ya me jodió", le dijo MVLL a Cardona. Vargas Llosa había tenido un romance de fin de semana con "una

apabullante belleza escandinava", escribió Cardona, y García Márquez le pidió a la esposa traicionada olvidar al marido porque no iba a regresar a casa. Pero sí regresó.

El nocaut técnico ocurrió la noche del 12 de febrero de 1976 a la entrada de una sala de cine. Ahí se iba a exhibir un documental cuyo guión había escrito MVLL. Éste sabía que iban a invitar a García Márquez. MVLL se lo dijo a su esposa. Su esposa le reveló entonces los consejos de García Márquez. El suceso cobró vigencia actual porque en la nueva edición de Cien años de soledad, editado por la Real Academia Española, aparece un prólogo de Vargas Llosa. ¿Habían hecho los paces? Fue cuando se le preguntó a Carmen Balcells. Pero ese prólogo es un fragmento de Historia de un deicidio, libro de MVLL aparecido en 1970, un sexenio antes de la trompada fulminante. Para publicarlo a manera de prólogo debió haber sin duda un acuerdo mutuo. Ese acuerdo pudo haberse hecho por medio de los agentes literarios.

Tanto uno como otro han sido periodistas y como célebres escritores procuran sobrellevar la fama. El peor efecto acaso es el de atraer la atención de los reporteros. Quién sabe a cuántos más ha tumbado Vargas Llosa con sus poderosos puños. Nunca se sabrá, gracias a la lección de Scherer.

Va parejo, chato...

Para Humberto Musacchio.

A unas cuadas de la casa montan un tianguis los sábados. Buen porcentaje de sus puestos son un homenaje soberbio a la fritanga. En otra época hubiera sido el hombre más feliz de mi vida por darle trámite sumario a cualquier resaca infame. Ahora, un litro de jugo de naranjas te cuesta ahí la mitad de un vaso de lo mismo en un restaurante de plástico. Petunia va cada semana y me invita. Pero cuando mejor tecleo es a esa hora, por la

mañana. Le doy a la tecla antes de cada alimento. Debo ganarme la comida, siento. Quién sabe por qué razones. Quizá fui esclavo o estajanovista en vidas anteriores. Esta vez, ella se atrasó y yo había cumplido mi cuota matutina de trabajo. Quise ayudarla con la carga de las vituallas. Había olvidado la clasificación de Ricardo Garibay sobre los comerciantes. Debí quedarme en casa. Me humillaron e incluso quedé como un zoquete.

Ricardo Garibay ("Las glorias del Púas" y "La casa que arde de noche") hizo una clasificación curiosa. Pasó media vida situando al comerciante en la parte más baja de la escala humana. Le criticaba que sin mayores luces compre a peso y venda a dos, cuando no a cinco si ven al sapo demasiado grande. Pero no, rectificó Ricardo Garibay. Con el paso del tiempo y con el trato frecuente ubicó al político abajo del comerciante. El comerciante estaría de acuerdo, imagino. Nadie quiere ser el último en ningún caso. El político guardaría silencio. Nada hay más incorrecto políticamente que llamar mentiroso a alguien.

Petunia es intelectual, pero ha aprendido a ir de compras a lo largo de cinco sexenios. Tanto al súper como al mercado o al tianguis. En el súper, ella me asombró al llevarse una sandía a la oreja y pegarle de manotazos. ¿Qué haces?, le pregunté, acarballado. Oigo qué tan buena está, contestó como si hubiera crecido en un sandial, si es que así se llaman..., y no en un aguacatal. También recrea frases escuchadas en su familia. El menú se hace en el mercado, afirma por ejemplo. ¿Cómo prepararlo antes si no sabes qué vas a encontrar en tu recorrido con las marchantas? Yo no soy intelectual, sino costeño hipersensible por dos o tres paludismos y algunas docenas de fiebres pescadas en la costa de la selva, en el Soconusco. Siento nostalgia por los mercados de mi niñez, pero prefiero el súper. Escoges lo que gustas y no regateas porque sabes de antemano que si te transan no hay a quién reclamarle. ¿Se atrevería alguien a discu-



Luis Argudín

tir que en tal otra parte cuesta veinte pesos menos el whisky? Te ponen una camisa de fuerza.

Aquella mañana, Petunia dijo que yo escogiera los mangos. Me encantan cuando están en el umbral de la descomposición. Pachiches, les llamaban los aztecas, creo. Nosotros (la etnia mam) los llamamos un punto más allá de su punto. Son los bien dulces, suelo decirle a ella. Pruébalos. No, guácala, contesta Petunia. Así que empecé a sacar de entre una pila los bien maduros, los arrugados, esos con lunares pardos como los que nos brotan en las manos a los viejos. Apenas había puesto dos en la charola de la báscula cuando escuché una voz que decía: ¡Va parejo, chato! ¡Va parejo!... Levanté la vista y vi a un mozalbete de pelos envaselinados como

de puercoespín. Me veía con la furia como sólo te ve alguien ultrajado en la denostada actividad esa de comprar a peso y vender a dos, sin más gracia que ir de madrugada a la Central de Abastos. Perplejo, traté enseguida de justificar a Puercoespín. A lo mejor mucha gente muere por comprar mangos un punto más allá de su punto, le dije a Petunia, acercando con suavidad a mi pecho la carga de mangos semipachiches. Así que ese muchacho procura que el cliente se los lleve surtidos. Lo peor fue cuando te llamó chato, dijo mi vieja para picarme la cresta, siendo yo narigón. Hay algo peor, le dije. Cuando te ven la cabeza de estopa y te dicen chavo... ¿O dijo, va parejo, chavo?, seguí rumiando mientras comía a disgusto los mangos poco pachiches.

Marcha compulsiva hacia el absurdo

Antes de emigrar del Soconusco bebía agua de limón y en ciertas competencias infantiles agua mineral con gas. Se trataba de ver quién acababa primero el cuarto de litro de un trancazo. Al llegar al DF, en nuestro apartamento de estudiantes, bebí cervezas. Como es una carrera descendente hacia la tumba, probé el vodka y la ginebra. Cuando llegué al whisky sentí haber hallado la bebida menos dañina para un costeño socavado por el paludismo y las afecciones exóticas como el rotavirus. A veces, bebiendo agua mineral, siento el sabor del escocés. Así que más bien me hice adicto al gas... A Julio Iglesias le prohibieron los tragos cuando ya había aprendido a beber. En mis "profundas" reflexiones llegué a considerar justificable sólo el vino. ¿Para qué el aperitivo si no tienes apetito? Hasta tres, dicen los expertos. ¿Para qué el coñac a manera de digestivo? Media botella... Bastaría manducar menos. El vino sí, y con la comida. Pero ¿cuál? Si el aprendizaje sobre las bebidas espirituosas requiere de toda una vida, ¿cuánto lleva descubrir el vino apetecido?

La vida del reportero es formidable. Te lleva de un lado a otro. Atestiguas hoy en primera fila cuanto será historia mañana. Uno de los aspectos tangenciales se relaciona con la comida y con la bebida. El oficio puede provocarte falsas necesidades, costosas y funestas. Un colega que cubría finanzas y vestía como banquero tuvo un ataque de nostalgia en un banquete de hotel de cinco estrellas. Añoro la sopita de fideo, dijo mientras meneaba sin ánimo la cuchara dentro de un caldo infame llamado consomé de pollo al jerez. El aspecto del potaje era el de un té negro aguado. ¿Nada más eso?, le preguntaron. No, dijo el quejicoso. También unos huauzontles en chile pasilla y unos frijoles de la olla con salsa verde molcajeteada. El plato fuerte iba a ser pechuga de pollo rebosante de hormonas en salsa de hongos de lata. Prescindes del consomé ralo y del pollo de fábrica, pero ¿de las bebidas?

Despreciábamos los vinos nativos por esnobismo y medio aprendimos que las cosechas de años impares eran mejores. Así que pedíamos tal o cual marca de año non. Me gustaron los de La Rioja. Luego venía la prueba de fuego. Como se sabe el vino debe "respirar". Siempre tuve la duda de ¿por qué no servirlo y permitir su respiro en la copa con abertura mayor que el gollete de la botella? No lo he preguntado para no pasar por advenedizo. Pero eso de nada importa. Luego de tres jaiboles importa cambiar de tercio para seguir bebiendo de modo compulsivo. Una compulsión redituable apenas en la escritura. Cuando el mesero daba a catar el vino, muchos se negaban a examinarlo y a aprobarlo o reprobarlo. Le cedían el ¿honor? al de junto. Ese compa de al lado podía ser un experto o un mamón y aceptaba catarlo. Jamás escuché a nadie desaprobarlo, aunque el vino supiera tan ácido como un limón ácido.

Por eso pegué un salto cuando leí que Alessandro Baricco, el de la novela "Seda", escribió: "... ahora beben vino en Camboya, Egipto, México, Yemen y en lugares más absurdos". Ignoro si este Baricco ha viajado lo suficiente. Así que me salió lo azteca. Nos han llamado surrealistas, exóticos, kafkianos, pero ¿absurdos? Bueno, ya lo ha hecho Baricco. Absurdo absurdo pero desde acá les mandamos café y chocolate, y pronto al segundo hombre más rico del mundo, el mexicano Carlos Slim con su sistema Telefónico enriquecedor. Los italianos copiaron el fideo a los chinos. Incluso a Mussolini lo llamaron Benito en honor a Benito Juárez. ¿Debieron bautizarlo Pinochet o Hussein? Un cantante italiano dijo que las mexicanas eran tan peludas como cualquier changa y ahora este cuate nos llama absurdos. Cursada la terapia, gracias a la escritura de esta Turbocrónica, reflexionaré en el tema. Haré una lista de peculiaridades absurdas del país. Si pasan de cien me detendré... No quiero darle la razón al "wey" ese. 🍷